

LA PRINCESA Y EL ERIZO.





00163283

Aboula

LA PRINCESA Y EL ERIZO



Cuento de EDITH NESBIT

Dibujos de J. A. Costa

EDITORIAL TOR

Río de Janeiro 760

Buenos Aires



LA ABEJA

LA MEJOR Y MAS ECONOMICA COLECCION INFANTIL ILUSTRADA

HAN APARECIDO HASTA LA FECHA:

- | | |
|---------------------------------------|--|
| 1 - Pinocho en el teatro de titeres | 39 - La alfombra mágica |
| 2 - Blancanieves y los 7 enanitos | 40 - El pájaro que reía |
| 3 - Los príncipes encantados | 41 - La cenicienta |
| 4 - La bella durmiente del bosque | 42 - Aventuras del Rey Beder |
| 5 - Juanfuerte | 43 - El muchacho y la fortuna. Fáb. |
| 6 - Piel de asno | 44 - bulas de Samaniego |
| 7 - La princesa y el erizo | 45 - Pinocho en el fondo del mar |
| 8 - Alí Babá y los 40 ladrones | 46 - Gulliver en el país de los enanos |
| 9 - La inocente mensajera | 47 - La bella Dorigen |
| 10 - Pinocho en campo milagroso | 48 - Las salamandras azules |
| 11 - El pájaro verde | 49 - Los zuecos maravillosos |
| 12 - Pulgarcito | 50 - Las tres hermanas |
| 13 - Los maestros cantores | 51 - Fábulas de Iriarte |
| 14 - El rey del río de Oro | 52 - El niño raptado |
| 15 - Caperucita Roja | 53 - Barba Azul |
| 16 - Las tres princesas | 54 - Tonino el hormiguero |
| 17 - El triunfo del zorro | 55 - Gulliver en el país de gigantes |
| 18 - Pinocho en la isla de las abejas | 56 - El tejedor de Segovia |
| 19 - La princesa pizarona | 57 - El príncipe Cododas |
| 20 - Simbad el marino | 58 - La amiguita de los pájaros |
| 21 - Canción de Navidad | 59 - La señorita Scuderi |
| 22 - Un viaje maravilloso | 60 - Fábulas de Esopo |
| 23 - El niño que se volvió hormiga | 61 - Constancia |
| 24 - El enano Zacarías | 62 - Nicolás y Nicolásin |
| 25 - Pinocho en la gruta del monstruo | 63 - Los rosales de la reina |
| 26 - El legado del moro | 64 - El enfermero del Chacho |
| 27 - El gato con botas | 65 - Grisélidia |
| 28 - El hada de Granville | 66 - Alicia en el país de maravillas |
| 29 - De los Apeninos a los Andes | 67 - Aladino |
| 30 - Meñique | 68 - Genoveva de Brabante |
| 31 - El rey cuervo | 69 - La Sirenita |
| 32 - Almendrita | 70 - Peter Pan |
| 33 - Pinocho en el país de juguetes | 71 - El patito feo |
| 34 - El niño perdido | 72 - El hombre que vendió su sombra |
| 35 - Robin Hood | 73 - Los tres pelos del diablo |
| 36 - La isla encantada | 74 - Hansel y Gretel |
| 37 - Pif Paf | 75 - La flor del pantano |
| 38 - La carga liviana | 76 - El buque fantasma |

Se trata de una edición artística y de lujo,
pero a un precio eminentemente popular.

UN VERDADERO ESFUERZO EDITORIAL Y
ARTISTICO SIN PRECEDENTES EN AMERICA.

Se ha hecho el depósito que exige la Ley 11.723



LA PRINCESA Y EL ERIZO

I

El bautizo de la hija del rey



ABIA un rey muy bueno, tan bueno, que no se atrevía a cargar con muchos impuestos a sus súbditos, cosa que le creaba una situación casi afligente, pues lo que percibía no le alcanzaba para cubrir sus necesidades. Debía, como vulgarmente se dice, a cada santo una vela.

Este rey, que se llamaba Basilio, vió un día alegrado el palacio con el advenimiento de una linda heredera. Era su primer hijo y, aunque hubiera deseado un varón, para poderle legar la corona, no dejaba de sentir una alegría muy grande.

Pero a la alegría sucedió la preocupación. Y en la terraza del palacio lo encontramos días después del nacimiento de la princesita, discutiendo con la reina sobre la mejor manera de celebrar el bautizo.

Luego de un prolongado cambio de ideas, dijo la soberana por vigésima vez:

—No sé, francamente, cómo nos las vamos a arreglar.

Y afirmó el monarca, con hosco gesto y tono grave:

—Hágase lo que se haga, va a terminar mal, como si lo viera.

Sabrán ustedes que si los reyes no invitan a las hadas malas al bautizo de sus hijos, ocurre una catástrofe, y si las invitan, asisten ellas a la ceremonia, y la criatura sufre igualmente las consecuencias.

¿Qué ha de hacer, pues, un monarca en trance semejante?

No le queda otro recurso, para resolver el inconveniente, que no celebrar el bautizo.

Pero entonces, ¿qué sucederá? Que se ofenderán las hadas buenas, y cuando las hadas buenas se sienten ofendidas, suelen ser peor que las malas.

En la terraza del piso inferior, la nodriza se paseaba de una punta a otra con la princesa en brazos, la linda criaturita que tanto daba que pensar a los reales dueños de casa.

La reina contemplaba a la niña con ojos de admiración y ternura, que son los ojos de todas las madres, sin distinción de clases.

—¡Qué linda! —exclamaba—. Parece una muñeca.

Y luego, dirigiéndose a su augusto esposo:

—¿No has sentido alguna vez deseos de ser pobre?

—¡Jamás! —contestó el aludido en tono tan decidido que no admitía réplica.

—Pues yo sí —replicó la reina—. Yo he deseado ser pobre, porque, si lo fuéramos, ya hubiéramos ido al bautizo de nuestra hija tú, yo, tu hermana y nadie más. Y no tendríamos temor alguno, pues los pobres no convocan a las hadas para que les salgan de madrinas de sus hijas, ni creo que las hadas se molestarán en responder al llamado que les hiciera un pelafustán cualquiera.

La complaciente expresión del rey demostraba que ya sabía que a su esposa no se le podía ocurrir nada que valiera la pena. Pero a medida que la reina hablaba, la cara del soberano iba



La nodriza se paseaba de una punta a otra.

cambiando de aspecto. Y hasta diríase que aguzó el oído cuando ella se atrevió a decirle:

—¿Por qué no celebramos el bautizo en secreto?

—¿Cómo? —preguntó él, haciéndose el tonto.

—Sí, bautizo secreto. Así será. Lo celebraremos en las bodegas. Ya sabes lo magníficas que son.

—Dímelo a mí —dijo el rey—, que empleé en su construcción los fondos destinados a la biblioteca de palacio...

—Las invitaciones que mandemos deberán tener la apariencia de facturas —exclamó la reina, animada por la franca conformidad del monarca—. El chico del panadero se puede encargar de repartirlas. Es muy vivo, y ayer, sin ir más lejos, hizo reír a la princesa con unas morisquetas muy graciosas que le hizo. Las invitaciones estarán redactadas así: "1 pan 3. Agradeceremos la puntualidad en el pago". Esto querrá decir que invitamos a una persona para las 3 de la tarde. Al respaldo de la factura escribiremos con tinta invisible la fecha y el lugar. Eso se hace, como ya sabes, empleando zumo de limón en lugar de tinta.

—¿Y cómo sabrán los interesados que la factura de panadería es una invitación y que contiene algo escrito en tinta invisible? —preguntó el rey.

—Muy sencillo —dijo la reina—. Le daremos al chico del panadero la lista de las personas a las cuales deberá entregar las invitaciones, y le diremos que lo haga en propias manos y diciendo por lo bajo: "Esto contiene un secreto real. Zumo de limón. Acérquelo al fuego, lea y cumpla". Dicho esto y entregada la factura, se marchará.



Repartió las invitaciones...

¿No es cierto que es una magnífica idea?

—Eres un encanto. Lo que debe hacerse es ni más ni menos lo que acabas de decir. Pero el chico del panadero es muy pequeño. ¿Podremos confiar en él?

—Tiene nueve años —exclamó la reina—, y es tan lindo y vivaracho, que más de una vez se me ha ocurrido pensar que a lo mejor se trata de un príncipe disfrazado.

La invitación

Y se llevó a cabo el plan de la reina en todas sus partes.

El chico del panadero repartió las invitaciones de acuerdo con las instrucciones recibidas. En tinta azul corriente, se había impreso en ellas:

PANADERIAS REALES

1 pan 3

Agradeceremos la puntualidad en el pago.

Pero cuando, de acuerdo con lo que el mandadero había deslizado en sus oídos, los invitados acercaban el papel al fuego, veían escrito en letras de un color marrón desteñido lo siguiente:

“El rey Basilio y la reina Elisa os invitan al bautizo de su hija, la princesa Basilisa, el cual se celebrará el miércoles próximo a las 3 de la tarde en las bodegas del Palacio Real.

Nota. — Nos vemos obligados a obrar con secreto y tomar toda clase de precauciones por miedo de las hadas malas. Por lo tanto, os agradeceremos que vengáis disfrazados como si fueseis comerciantes que se costean hasta palacio para cobrar una cuenta”.

Como dijimos antes, el real matrimonio no estaba en posición desahogada ni mucho menos. Por eso suponía que el hecho de ver a un comerciante dirigirse a palacio dispuesto a cantarle cuatro frescas al primero que saliera a abrir la puerta, era lo más indicado para no despertar sospechas entre los transeúntes.

*Pero mostrando la punta
de su charretera...*



Las hadas buenas, a quienes, como es lógico, se había pasado la "factura" en primer término después de averiguar su domicilio, se dieron a la tarea, como vulgares mortales, de buscar un vestido que llenara las exigencias impuestas por los soberanos. Y como no se avinieran a disfrazarse de costureras, lavanderas o planchadoras, lo hicieron en forma discreta, que complaciera a los soberanos, a pesar de la desobediencia que suponía.

Así fué cómo Benévola, la reina de las hadas, se disfrazó de Rayo de Luna, considerando que

un rayo de luna puede entrar en palacio sin que nadie se oponga. Serena, la que le seguía en categoría, se vistió de mariposa, teniendo también en cuenta que las mariposas entran en la real mansión sin que nadie les diga una palabra. Plácida se vistió de viento, que también se introduce sin pedir permiso; Tierna, adoptó un disfraz de silbido, que aunque no es muy grato a los reyes, entra también sin que nadie le cierre el paso, y Linda se preparó un ropaje de suspiro, que igualmente penetra donde nadie lo llama. Las demás hadas de menor categoría, se pusieron vestidos igualmente apropiados y de buen gusto.

III

El Hada Malévola

Llegó el día del bautizo y los reales anfitriones se aprestaron a hacer los debidos honores a los visitantes.

Todo iba saliendo a pedir de boca. Hasta que sucedió lo inesperado.

El jefe de la armada no había podido encontrar un traje de cocinero lo suficiente grande como para cubrir todo su uniforme. Y así fué que anduvo por la calle como un cocinero vulgar, pero mostrando la punta de una charretera.

Y ocurrió que Malévola, que era la peor de las hadas malas, lo había mirado fijamente al verlo pasar por la puerta de servicio, cerca de la cual estaba sentada transformada en perro vago, disfrutando ante aquel desfile de acreedores que con la peor de las intenciones iban a golpear en las puertas de palacio.

—¿Cómo se entiende? —exclamó con una voz ronca que parecía el ladrido de un verdadero mastín—. Aquí pasa algo raro. Veamos lo que es.

Empleando sus dones de maga, se transformó en sapo y se metió en la bodega por el caño que servía para limpiar el tonel grande.

El referido tonel había dado muchos dolores de cabeza a las personas a cuyo cargo estuvo la decoración del lugar de la fiesta. Cuando en la casa de ustedes tienen algo que no les gusta, suelen resolver el asunto tapando el adefesio o arreglándolo de manera que parezca un adorno. Pero como no era posible tapar el tonel de la bodega de palacio, pues era enorme, lo convirtieron en un fantástico ornamento, cubriéndolo con musgo ver-



*Las hadas buenas, como de
costumbre...*

de y plantando en él un manzano en flor. Todos los concurrentes habían admirado tan original decoración.

Viendo que un sapo no podría salir de allí, el hada Malévola se convirtió en topo, y abriéndose camino a través de la tierra que llenaba el tonel, llegó a lo alto y asomó el hocico en el preciso momento en que Benévola, con su dulce voz, le decía a la princesa:

—Amarás y serás amada durante toda tu vida.

—Así será —exclamó Malévola, recobrando su asquerosa figura natural.

Hubo exclamaciones de asombro y estupor entre los concurrentes.

La reina, que había empezado a desmayarse, lo pensó mejor y, tomando a su hija en brazos, dijo con voz débil:

Y exclamó el monarca:

—Este es un bautizo íntimo, ya lo veis. Sin ceremonia alguna; sólo unos cuantos amigos de confianza.

—Ya lo veo, ya —exclamó el hada mala, riéndose con esa horrible risa que quita las ganas de reír a todo el que la oye. Pero como también he caído por aquí, dejad que le eche una miradita a la criatura.

La pobre reina, aunque muerta de miedo, no se atrevió a negarse al deseo de Malévola, y acercóse a ella con la niña en brazos.

—Vuestra linda niña —dijo Malévola— tendrá la hermosura, la gracia y esa serie de cualidades que aquellas hadas de menor cuantía han querido darle. Pero os prevengo que será expulsada de su reino y que tendrá que entenderse con sus enemigos contando únicamente a su lado con una

sola persona. No recuperará lo que ~~es~~ suyo hasta que encuentre...

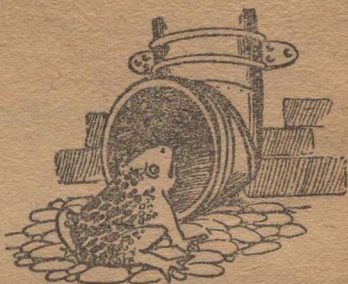
Aquí el hada mala titubeaba. Y es que no encontraba nada que fuera desagradable de veras.

—Hasta que encuentre... —repetía.

—Mil lanzas que la sigan al combate —gritó una voz que nadie había oído todavía—. Mil lanzas consagradas exclusivamente a ella.

En eso se vió a una hada jovencita que se desprendía del manzano puesto como adorno sobre

Se transformó en sapo.



el gran tonel. Allí había permanecido oculta entre las florecillas blancas y rosadas. Era la que había hablado.

IV

El hada joven

—Soy muy joven, ya lo sé —exclamó a manera de excusa—, pues hace poco, muy poco, que he recibido mi diploma de hada. Pero no ignoro que si una hada se detiene más de medio segundo en

una maldición, ésta no puede resultar eficaz de ninguna manera. Por lo tanto, alguien la debe completar en su nombre.

—Efectivamente —dijo Benévola—, tal es la ley; pero se trata de una ley tan antigua y tan en desuso, que a casi todas las hadas se nos había olvidado.

—Pareces muy lista —dijo Malévola al hada joven—, pero en realidad no eres más que una tonta. La princesa no puede tener más que una persona a su lado. Por lo tanto, cuantos la acompañen, morirán en la refriega, y ella perderá su trono y yo podré darme el gustazo de asistir a sus funerales.

—¿Habéis terminado ya? —le preguntó el rey.

—Así parece —contestó el hada mala, no deseando comprometerse mayormente.

—Entonces —prosiguió el monarca—, y como me imagino que no querréis quedaros a tomar una copa, me permitiréis que os despida.

El mismo rey abrió la puerta, y por ella salió Malévola riéndose con su falsa risita. Entonces todos los asistentes se echaron a llorar.

V

La educación de la princesa

El rey hizo todo lo que pudo para que su hija estuviera en condiciones de afrontar la lucha en que tendría que habérselas solita contra sus enemigos, que a lo mejor eran fuertes y numerosos.

Le enseñó esgrima, equitación y tiro. También la obligó a aprender a nadar, a correr y a saltar, a más del boxeo y el jiu-jitsu.

Total, que la pequeña heredera fué creciendo y poniéndose tan fuerte y sana, que no había entre todos los príncipes de su edad uno solo que fuera capaz de competir con ella en pruebas de atletismo.

Pero los pocos príncipes que caían a palacio no iban dispuestos a medirse con la princesa ni mucho menos. Iban a ver si podían hacer un buen matrimonio. Y en cuanto se enteraban de que aquella heredera no tenía más dote que las gracias que las hadas le concedieron, se iban tal como habían venido.



*Dejad que le eche una
miradita...*





¿Vosotros venís a hacer aquí?

VI

Un suceso terrible

Entonces ocurrió lo inesperado. Los proveedores, que se habían pasado años y años llamando en vano a la puerta del palacio con sus abultadas facturas, decidieron encargar el cobro a otras manos, y se dirigieron a un rey vecino, el cual, considerando ventajoso el negocio y lo suficiente suculenta la comisión que se le asignaba, entró con sus tropas en el país de nuestro cuento, sublevó al ejército y echó poco menos que a patadas al rey y a la reina.

Cuando sucedió todo esto, la princesa no estaba en su casa. Había ido a visitar a una tía suya que era emperatriz de un país tan lejano que para llegar a él hacía falta recorrer medio mundo. Y cuando regresó a su casa, viajando en una caravana de cincuenta y cuatro camellos, se llevó un lindo chasco. Esperaba encontrar colgaduras en balcones y terrazas, celebrando su regreso. Pero no fué así.

Dejó en las afueras los cincuenta y cuatro camellos cargados con los regalos que su tía le había hecho, y se encaminó a palacio sola, solita.

Pero cuando entró en el salón del trono, vió en lugar de su padre a un rey extraño, y a su lado, a una reina desconocida.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó—. Y vosotros, ¿qué diablos hacéis ahí?

—Eso es lo que yo quiero preguntar —dijo aquel rey, con voz de trueno—. ¿Quién demonios sois vos y qué infiernos venís a hacer?

—¡Soy la princesa Basilisa!

—Vuestro padre ha sido desalojado, como veis, y no puedo daros su nuevo domicilio.

En aquel momento alguien sopló en el oído de la reina que en las afueras había cincuenta y tres camellos cargados con ricas sedas, terciopelos magníficos, monos, cotorras y los más valiosos tesoros de oriente. Mejor noticia no le podían haber dado a la soberana. Después de juntar las manos lanzando una frase de admiración, habló en voz baja a su angusto esposo, quien hizo un signo afirmativo y exclamó:

—¡Atención, señores, que voy a dictar una nueva ley! Nadie que se llame Basilisa podrá tener propiedades en este país. Como la intrusa se llama así, echadla afuera.

Y la princesa fué expulsada sin más trámite



—Si queréis tomarme por escudero...

del palacio de sus padres. La pobre salió llorando y se dirigió al jardín.

Y ocurrió que el chico aquel del panadero pasaba por allí y oyó llorar a alguien entre las adelfas. Se acercó con ánimo de consolar a la afligida, y al ver que era la princesa le dijo afablemente:

—Alegraos, que las cosas no van tan mal como parece.

—¿Cómo puedo alegrarme? —contestó ella—. Me echan del reino, y he de hacer frente a mis contrarios sin tener junto a mí a una sola persona.

—Si queréis tomarme por escudero —dijo el muchacho—, juro seguiros.

VII

El erizo

Apenas hubo la princesa salido de palacio, dijo la reina:

—Hubiera sido mejor mandarle cortar la cabeza por alta traición.

Y exclamó el rey, para conformarla:

—Ordenaré a los arqueros que disparen contra ella tan pronto salga.

Por eso, apenas la princesa se puso de pie en el jardín, alguien gritó:

—¡Allí está!

Instantáneamente una lluvia de flechas cayó sobre el jardín.

Al oír el grito, el muchacho de la panadería se puso delante de ella, y la tomó en brazos, volviendo la espalda a los arqueros del rey, que eran mil, y todos excelentes tiradores. Y el pobre sintió



—¡Han muerto a mi único amigo!

que mil flechas se clavaban en sus espaldas, y cayó al suelo.

—¡Han asesinado a mi único amigo! —gritó la princesa, fuera de sí.

Llamó a gritos Benévola, y al presentarse, ésta le dijo:

—No está muerto.

Inmediatamente Benévola se desvaneció. También se desvaneció el muchacho, y la princesa se encontró sola en el bosque. Pero allí, a sus pies, vió agitarse un erizo.

—¿Eres tú?... ¿Puedes hablar?

—¿Por qué no voy a poder hablar? —contestó el bicho, en tono resuelto—. La forma de erizo es lo único que de ese animal pequeño y raro tengo.

La princesa agarró al erizo, lo envolvió en una punta de su manto y se puso en marcha a través del bosque.

VIII

El encuentro

Aquella noche la princesa y el erizo durmieron en la cabaña de un leñador.

Este le hizo a la princesa una cajita para guardar al animal.

Después de meter al erizo en su envase, la princesa reanudó la marcha, preguntando en todas partes por sus padres. Finalmente los encontró muy humildemente instalados en una pobre quinta. Los ex soberanos se alegraron mucho de ver a su hija, pero al enterarse de que se proponía recuperar el trono, le dijo el rey:

—Lo que es yo no me voy a molestar. Aquí somos felices en nuestra pobreza.

*La supuesta ama de
llaves...*



Después de besar a sus padres, la princesa salió al jardín para meditar. Sacó al erizo de la caja, lo tocó en el pedazo de frente lisa que tenía, y el animal se estiró y dijo:

—Estaba dormido. ¿Me precisáis?

—Eres el único ser que lo sabe todo —contestó ella—. A mis padres nada les he dicho de lo de las flechas ni de tu verdadera condición. ¿Te parece que he hecho bien?

—Eso es cosa vuestra —contestó—. Yo no os he prometido otra cosa que hacer lo que puede

hacer un erizo. Aunque me gustaría poderme volver invisible.

—¿Dónde estás? —exclamó la princesa, viendo que había desaparecido.

—Aquí —contestó una voz fina y penetrante. Mirad: me meteré en la caja mientras vos os disfrazáis de vieja ama de llaves y acudís a palacio respondiendo al aviso que el maldito rey usurpador hizo poner ayer en el diario.

IX

La falsa ama de llaves

La reina ayudó a su hija a caracterizarse con propiedad de vieja ama de llaves francesa.

El monarca usurpador recibió a la supuesta ama y la admitió de inmediato a su servicio para que enseñase a su cocinero a leer libros franceses, pues le habían dicho que las mejores recetas eran las de la cocina francesa.

—¿Cómo te hiciste invisible? —preguntó un día la princesa al animalito.

—Me parece que habrá sido obra del hada Benévola —contestó el erizo—. Sólo sé que lo deseé con fuerza. Y ahora estoy convencido que logra sus deseos aquel que lo hace con plena voluntad.

Y así pasaron cincuenta y cinco días, transcurridos los cuales dijo el erizo:

—Ahora, mi querida princesa, voy a empezar a trabajar para que recuperéis el reino.

X

El erizo hace de las suyas

Y el erizo cumplió su palabra.

No había más que ver al rey al día siguiente cuando bajó a almorzar.

—Este palacio está embrujado —dijo, dando un feroz puñetazo en la mesa—. Durante la noche una pelota llena de púas estuvo saltando sobre mi cara.



—Una pesadilla bastante pesada...

A la mañana siguiente fué la reina la que bajó al comedor con la cara cubierta de vendas. Y a la noche la misteriosa pelota se puso a saltar nuevamente sobre la cara del monarca. Para colmo de males, cada cinco minutos oían:

—¿Quién usurpó el trono?... ¿Quién mató a la princesa?

El rey y la reina empezaron a lamentarse en forma lastimera. Por último la soberana dijo:

—No debíamos haber matado a la princesa.

—Eso mismo pensaba yo —exclamó el rey.

Cuando se levantaron y una vez que se hubieron curado las heridas, dijo el monarca:

—Hay que arreglar esto. Escribiremos ahora mismo a Basilio I, y le diremos que puede volver a hacerse cargo de su reino cuando le plazca. Yo ya estoy de esta corte hasta la coronilla. Mejor dicho: hasta la corona.

—Me parece muy bien —dijo la reina—. Pero lo que no podremos hacer es que la princesa resucite. Este será nuestro suplicio eterno.

—¿Lo decís sinceramente? —interrumpió una voz fina y aguda.

—Sí —contestó la reina—. No sé quién eres, pero sí, sí sí... Estamos arrepentidos de nuestra mala acción.

—Pues haced venir al ama de llaves.

El rey tiró del cordón de una campanilla, y aparecieron diez sirvientes.

—Decid al ama de llaves que suba —ordenó la soberana.

Minutos más tarde la princesa disfrazada se inclinaba ante los reyes.

—¿Qué mandan sus majestades?

—La voz de nuestra conciencia —dijo la reina—



Vieron a a princesa a quien creían...

ha pedido que te mandáramos buscar. ¿Será que en los libros franceses hay alguna receta para resucitar a las princesas muertas? Si la hay, nos la traducirás.

—Conozco una —dijo la supuesta ama de llaves, pensativa—, y es muy sencilla. Dice así: “Se toman un rey, una reina y la voz de su conciencia, se ponen en el comedor, se les añade una ama de llaves, y si los dos primeros están llenos de pinchazos y cubiertos de vendas, la voz de la conciencia se dejará oír claramente”.

—Estamos dispuestos a cumplir la receta al pie de la letra —dijo el rey.

—Si tuvieras la bondad de vendarnos con estas servilletas —suplicó la reina.

—Con mucho gusto —dijo la falsa ama de llaves.

XI

La princesa resucitada

Apenas el rey y la reina estuvieron con los ojos vendados, la “Voz de la conciencia” empezó a contar: “Uno, dos, tres, cuatro...” Entonces la princesa se quitó el disfraz y apareció con el vestido tejido con hilo de plata que llevaba puesto cuando los usurpadores dieron orden de matarla. Escondió el uniforme de ama de llaves y la peluca gris, y terminó su tocado en el preciso momento en que la “Voz de la conciencia” decía: “Cincuenta y tres, cincuenta y cuatro y... ¡Cincuenta y cinco!”.

Entonces los soberanos se quitaron las vendas, y allí, sana y salva y más linda que nunca, vieron a la princesa a quien creían haber dado muerte con las mil flechas de sus mil arqueros. Como pueden ustedes imaginarse, se quedaron con la boca abierta. Y antes de que tuvieran tiempo de decir una palabra, la princesa exclamó:

—Siento en el alma que hayáis tenido malos sueños. Tomaos el tiempo que necesitéis para curaros vuestras heridas.

—Que las tenemos bien merecidas —dijo la reina—. Y ahora rogamos que nos perdonéis.

—Si los besáis —dijo la voz misteriosa—, sus heridas se curarán en el acto.

—Si es así, permitidme —exclamó la princesa. Y besó al rey en la oreja y a la reina en la nariz, únicas partes que habían dejado libres las ven-

das. Instantáneamente los heridos se sintieron curados.

Invitaron a la princesa al almuerzo. Luego el rey mandó que la corte se reuniera en el salón del trono y anunció que, habiendo venido la heredera del legítimo soberano a reclamar la corona, ellos se retiraban a su reino.

XII

La tortura de un enamorado

Apenas el trono quedó libre, la princesa mandó el siguiente mensaje a su padre:

“Haced el favor de venir en seguida. El trono está vacante. Los inquilinos desocuparon el “palacio”.

Los legítimos reyes llegaron ese mismo día. Su hija les contó toda la historia, y ellos la besaron, elogiando su inteligencia.

Entonces dijo la aludida:



*Mandó que la corte se
reuniera...*

—Yo, en realidad, no he hecho nada. Ha sido el muchacho de la panadería convertido en erizo invisible, quien lo hizo todo.

—Pero las hadas dijeron —interrumpió el rey — que solamente recuperarías el trono cuando tuvieras mil lanzas consagradas a tu único servicio. Y con un solo ser, como el que te ha acompañado, no puede haber mil lanzas.

—¿Que no?... ¿Y qué son esas mil cosas que tengo en mi espalda? —dijo entonces una aguda vocecita—. Son mil lanzas, y las mil están consagradas solamente a la princesa.

—¡Silencio! —gritó el rey, con enojo—. Esa voz que sale de la nada me está poniendo nervioso.

—Yo tampoco me puedo acostumbrar a ella —dijo la reina—. Mandaremos construir una jaula de oro para el erizo. Pero desearía que fuera visible, porque, si no, parecerá una jaula vacía y la gente creerá que no tenemos dinero ni para comprar un canario.

—A mí también me gustaría poderlo ver —dijo la princesa.

Bastó ese deseo expresado con firme voluntad para que el erizo dejara de ser tan transparente como el aire. El animalito miró a la niña con ojos relampagueantes y no dijo nada.

—No deseo otra cosa que verte —dijo la niña—. Y siento no haber pedido al hada que recuperaras tu forma primitiva.

—Si lo hubierais hecho —replicó el erizo—, os hubierais encontrado con un hombre muerto. Recordad que tengo mil flechas clavadas en la espalda y que ningún hombre puede vivir con semejante carga.



Se encontró con las manos puestas...

La princesa dijo entonces, llorando:

—Es que toda la vida no podréis seguir **siendo** un erizo. ¡Oh, Benévola, ven en mi ayuda!

XIII

El hijo del usurpador

Y apareció el hada Benévola.

—¿Qué pasa?... ¿Qué deseas? —preguntó a la princesa.

—He expresado el mayor deseo de mi vida, y el pobre muchacho sigue siendo un erizo. ¿No podéis hacer nada?

—Yo no puedo, pero tú, sí. Tus besos son besos encantados.

Ella entonces le acarició la piel de la cabeza y lo besó en la frente. Y ocurrió el prodigio. Instantáneamente se encontró con las manos puestas

en los hombros de un gallardo joven y con los labios sobre su frente. A sus pies había esparcido un montón de flechas.

—Mientras fui erizo invisible —exclamó él—, me enteré de todo. Ahora he perdido aquella sabiduría, pero recuerdo dos cosas: una, que soy hijo de un rey, del rey que fué usurpador de este trono; un panadero me robó siendo niño y me tuvo trabajando en su casa. Ahora iré al lado de mi padre a contárselo todo y a pedirle que me perdone los pinchazos que le di cuando era erizo.

—¿Y qué otra cosa recuerdas? —preguntó la reina, que era muy curiosa.

—La otra cosa —contestó, dirigiéndose a la princesa— es que os amo.

—¡Pues, a casarse se ha dicho! —dijo el rey.

Y se casaron. Y fueron felices, comieron perdices, etc., etc.





CUENTOS INFANTILES

LA ABEJA